

y existencialista de la novela europea de la postguerra del 45 ya habían aparecido en *Los siete locos* y en *Los lanzallamas*. Su lenguaje es, por otra parte, sistemáticamente estudiado por el profesor Paul Verdevoye, quien ha preparado un «pequeño diccionario de porteñismos» utilizados por Arlt en su narrativa y en su obra teatral (*).

Por su parte, el profesor Nicasio Perera San Martín que dirigiera el Seminario del Centro de Estudios del Río de la Plata, ha redefinido al autor de *El criador de gorilas* insistiendo en su carácter de «escritor disidente» y en la «reivindicación feroz que hizo de la independencia del escritor». Situando a Arlt más allá del tradicional esquema de los grupos de Florida y Boedo en que se ha dividido siempre al movimiento literario de la época, Perera San Martín ha definido las novelas de Arlt como «auténticos nudos neurálgicos» cargados de contradicciones, de patetismo y de angustia. El «discurso» de Arlt resulta así genuinamente latinoamericano y, sobre todo, «independiente» en la medida en que plasmó en su obra «una cosmovisión personal del mundo».

Estas virtudes con que se lo inviste y las serias valoraciones que merece su obra, tal vez hubieran hecho sonreír burlescamente a Roberto Arlt, siempre dispuesto a la ironía sangrienta cuando los demás hacían su crítica o su elogio. Pero no hubiera podido evitar lo que parece un hecho indiscutido: queriendo destruir las academias, Roberto Arlt termina consagrado por las universidades; profundamente enraizado en su medio local, termina siendo un autor universal, cosas que generalmente sólo suceden a los buenos escritores, aunque para ello tengan que pasar más de cincuenta años.

Fernando Ainsa

André Maurois y España

Anglófilo por formación y gustos, su gran conocimiento y admiración por la cultura grecolatina no llevó, sin embargo, a Maurois a una particular atención o preferencia por lo mediterráneo. En su mapa cultural, el sur europeo ponía la nota de lo exótico y pintoresco. Aunque el autor de *Climas* valorara en todo su alcance la aportación de los países meridionales a la civilización generada por el viejo continente, estimaba que ésta en su estado moderno y contemporáneo se había troquelado especialmente en el

(*) Incluido en Seminario sobre Roberto Arlt, *actas publicadas por el Centre de Recherches Latino-Américaines de l'Université de Poitiers*; 1981; 186 págs.

molde de las naciones septentrionales. Excelente conocedor, como es bien sabido, del movimiento romántico, la presencia del mediodía europeo en las infinitas páginas salidas de su incansable pluma será justamente en dicha etapa cuando la figura del sur se haga más intensa, como veremos a propósito de su visión de España.

En el marco de las historias generales de Inglaterra, Norteamérica y Francia que tienen a Maurois por autor, la fisonomía de aquélla no aparece excesivamente perfilada en sus contornos y capítulos esenciales, aunque sí lo suficiente para considerar la reciedumbre, la gravedad y el orgullo como los rasgos sobresalientes de su carácter y temperamento. Tanto la hegemonía de Gran Bretaña como la de Francia se edificaron en lucha abierta contra la supremacía hispana y es lógico que las cualidades manifestadas por nuestra patria en este horizonte bélico sean las más destacadas por el judío Emile Herzog, que popularizara uno de los seudónimos de mayor audiencia durante varias décadas de la literatura universal.

Los destinos contemporáneos de nuestro país en la Guerra de la Independencia, que tan honda y prolongada secuela dejara en ellos, era también natural que el conocimiento de la historia y cultura españolas durante la primera mitad del siglo XIX acentuara las características que, según el autor de *Disraëli*, definían la esencia más profunda de lo hispano. Para nacionales y extranjeros, el romanticismo español es criatura o al menos heredero directo de la lucha épica contra Napoleón. Y los rasgos de dureza, altivez e individualismo que habían conformado gran parte del despliegue de lo hispano en las centurias anteriores se reforzarían, según tal visión, con la «francesada», continuándose con las guerras civiles del ochocientos.

Por desgracia, el contacto del novelista y ensayista normando con España fue más libresco que personal; y aun el primero fue muy reducido y de escaso calado, si bien conociera a fondo *El Quijote* y amara cordialmente a su caballeroso e infortunado héroe. Atisbada muchas veces desde el mar o el aire la Península —cuyas tierras ocres tanto le impresionaran—, la única estancia en ella en el colmado cuaderno de viajes de Maurois se registra en la primavera trágica de 1936 y como tantas otras estadias fugaces de relevantes personalidades intelectuales foráneas su escala se redujo al perímetro de la gran metrópoli cultural de Barcelona. Años adelante, nuestro país volvería a ocupar su interés personal al buscar su mujer refugio en él durante la ocupación nazi del territorio francés. Un lector —militar...— del ya mundialmente traducido biógrafo facilitaría con extremada amabilidad el tránsito de madame Maurois hacia el continente promisorio.

Uno de los estudios biográficos más cuajados de este envidiable divulgador de la historia literaria y política anglofrancesa de la Edad Contemporánea es sin duda el consagrado a la dionisiaca figura de Víctor Hugo. La sentida hispanofilia del gran poeta gana plenamente a su biógrafo en los capítulos empeñados en reconstruir con trazos de gran poder de evocación la infancia de Hugo. El viaje de éste en compañía de su madre para reunirse en Madrid con su marido, la residencia en la corte josefina y, sobre todo, el azaroso camino de retorno, se pintan, en verdad, con paleta maestra, leve y sugerente a un tiempo. La comprensión hacia el vencido, la simpatía íntima hacia su causa y su dignidad visible en la mente prodigiosa del mayor de los hijos del general Hugo, es

plenamente compartida por Maurois, no obstante su ardiente y nunca desmentido chauvinismo.

«La generala Hugo, condesa de Sigüenza, viajaba rodeada de respeto. Su calesa, inmensa carroza rococó de seis caballos o mulas, alquiladas por dos mil cuatrocientos francos para todo el viaje, era la mayor de todas, y las duquesas españolas debían cederle el paso. Esto enorgullecía extraordinariamente a los tres hombrecitos. Víctor se enamoró enseguida de España, tierra de contrastes; paisajes tan pronto sombríos como sonrientes; el golfo de Fuenterrabía, que brillaba a lo lejos como pedrería; el primer pueblo que vio: Hernani, noble, altivo y severo, y los pastores castellanos en cuyas manos el cayado parecía un cetro. Ya en la frontera, Irún, con sus casas negras, calles estrechas, sus balcones de madera y sus puertas de fortaleza, había maravillado al niño francés, acostumbrado a las camas estrelladas, los sillones de cuello de cisne y los morillos en forma de esfinge, con bronce dorados, miraban con una especie de terror las camas con dosel, las vajillas de plata minuciosamente labradas y rechonchas, y las vidrieras emplomadas. Pero hasta aquella sensación de terror le agradaba. En cambio le resultaba desagradable el chirrido doloroso de las carretas españolas. Jamás podría olvidar el grave y rudo idioma español [...]. En las iglesias, veía extrañas imágenes, san-grientas unas y otras vestidas de oro, y relojes con figuras burlescas y fantásticas. Los monstruos en España están mezclados con la misma vida. Los mendigos de Goya y los enanos de Velázquez circulan por las calles. Alrededor del convoy bullía una corte de milagros. Su memoria se pobló de «caricaturas abigarradas», de siluetas inquietantes que se perfilaban en la cima de los roquedales, de bandidos fusilados al borde de las carreteras. Lo que le contaban completaba las imágenes. Visiones terribles. Se decía que el general Hugo había ordenado arrojar por la ventana a unos españoles desertores, que se estrellaron contra el suelo; sus soldados habían exterminado a todos los frailes de un convento. Decíase también que, en cuanto a los insurrectos, torturaban a las mujeres y a los niños; les arrancaban las entrañas y les quemaban vivos. Emboscados en los desfiladeros, los guerrilleros acechaban el convoy [...]. El viaje de vuelta, con un convoy escoltado, fue largo y atroz. Los niños presenciaron espectáculos abominables: patíbulos; un hombre al que iban a dar garrote vil, una cruz en la que estaban clavados los miembros ensangrentados de un ajusticiado hecho pedazos. Un viaje siniestro. En cambio, Víctor se llevaba de España otras imágenes que le parecían nobles y bellas. Comprendía, aunque oscuramente, que aquel pueblo rechazase a los franceses [...]. En cuanto a esa mezcla de grotesco y sublime, y a esa altivez un poco teatral que había observado en los rostros de los antepasados, en el palacio Masserano y en sus condiscípulos en el colegio, eran muy de su agrado.

España siempre ha atraído a los franceses porque conserva, en estado primitivo, las pasiones que la vida de sociedad han debilitado entre nosotros [...]. Corneille, al tomar prestado *El Cid* de los españoles, tocó el corazón de los franceses del tiempo de Luis XIII. El joven Víctor Hugo, a partir de aquel viaje, se sentirá perseguido por fantasmas aún sin nombre que se convertirán en Hernani, Ruy Gómez de Silva, Don Salustio y Ruy Blas; por imágenes de sangre y oro, y por una «pequeña española, con sus grandes ojos y su espesa cabellera, su piel morena y dorada, sus labios rojos y sus mejillas

rosadas, la andaluza de catorce años, Pepa...» De aquel contacto, breve pero íntimo, con España, conservará su afición por las palabras sonoras y los sentimientos enfáticos¹.»

Retomada la temática española al hilo del viaje entre cultural y periodístico realizado por Hugo en compañía de una de sus incontables inspiradoras durante el verano de 1843 por tierras del País Vasco y Navarra, otra vez el afecto por los hombres y paisajes peninsulares acude a la pluma de Maurois, en sintonía perfecta con los escritos fechados en España por *Olimpio*, su héroe².

Otra gran figura del romanticismo galo, el mayor de los Dumas, realizó cuando dicho movimiento iba ya de capa caída un viaje al ardiente sur. El torrencial Alejandro Dumas atravesó, pletórico de facultades físicas y literarias, la vieja piel de toro de un extremo a otro, del Bidasoa a Cádiz, camino de Argelia, donde lo solicitaban nuevos lances y aventuras inesperados y deseados para su polifacético curriculum. Y naturalmente, desde Irún a la ciudad de Hércules, la pluma de su avezado biógrafo le acompaña, bien que muy selectivamente, con salpicaduras de ingenio e ironía inimitables³.

Más vibración quizá que en esta obra sobre los Dumas alcanza la referencia a España en otra de las obras maestras del académico francés, que hizo, por ejemplo, las delicias de un lector tan perspicaz y ávido como De Gaulle, en plena tormenta de *l'Algérie Française*⁴. En la vida azacaneada y turbulenta del vizconde de Chateaubriand, como en la de Víctor Hugo, el itinerario español marcó huella.

Regresado de sus inolvidables experiencias de Esparta y los Santos Lugares, la tierra de los Abencerrajes penetró hasta el hondón del alma del hidalgo bretón, convirtiéndose allí en numen de meditaciones y escritos. La andadura del vizconde sería la opuesta a la del autor de *Los tres mosqueteros*. Conquistado por Granada —incomparable marco

¹ Olimpio o la vida de Víctor Hugo, Barcelona, 1970, VI, 40-2 y 46-7.

² «A pesar de la oposición de Adèle, Juliette Drouet disfrutó, el siguiente verano, «de su pobre y menguada felicidad anual», que aquel año tomó la forma de un viaje hacia el sureste y a España, que debía evocar en Víctor Hugo recuerdos de su niñez y curarle de este modo de la tristeza que en París parecía envolverle desde el mes de febrero [...] sin embargo, la primera carreta de bueyes española, con su horrible traqueteo, le proporcionó súbitamente una dicha fulgurante. Los queridos recuerdos de la infancia encontraban de nuevo el soporte de una sensación presente [...] Irún le decepcionó. Le pareció muy semejantes a las Batignolles. «¿Dónde está el pasado? ¿Dónde está el poema?». Fuenterrabía le había dejado una impresión luminosa; una pequeña ciudad de oro con un campanario puntiagudo, en el fondo de un golfo azul; no encontró más que un hermoso burgo en una planicie. Los paisajes habían envejecido lo mismo que él. Pero España le encantó, igual que la primera vez, por su lengua, sus mujeres delicadas y su naturaleza, agreste. «Este es un país de poetas y contrabandistas». Ibid., 364-65.

³ «El viaje a España de aquellos cuatro mosqueteros escoltados por un Grimaud negro, resulta tan divertido como una novela. Una corrida de toros ocupa cien páginas de la narración. Marquet se desvaneció a la vista de la sangre; Alejandro II no lo aguantó mucho mejor y pidió un vaso de agua. Se lo llevaron: «Vertedlo en el Manzanares», dijo, «que bien lo necesita». Porque había visto el río seco. Por las noches, en los albergues, posadas o paradores, los combates con los hoteleros eran dignos de Cervantes. Un cuadro de danzas españolas posee todo el encanto de lo mejor de Gautier. Padre e hijo soñaban con balcones, guitarras, dueñas y bellezas atrevidas. Alejandro hijo tuvo más de una aventura y las puso en versos que dedicó a Conchita o Ana-María. En los versos hacía rimar, según la tradición de Musset, Andalousie con jalousie, y Cordoue con joue.» Los tres Dumas, Barcelona, 1968, V, 258

⁴ Cfr. Lacouture, J., De Gaulle, 3. Le souverain. 1959-1970. París, 1986, 22. «Michel Debré, dio una fiesta en el palacio de Chaillot, para las obras de la Cancillería. El general de Gaulle asistió a ella. En el entreacto, me hallaba en el salón de descanso cuando el general se acercó a mí.

—¡Ah, Maurois! —me dijo—. Me alegro muchísimo de verle por aquí. Acabo de releer su Chateaubriand. ¡Qué hermoso libro! ¡Y qué gran hombre!». Maurois, A., Memorias. Barcelona, 1971, 452-3.

romántico, geográfica y literariamente— la porosa retina de «Athala y René» captó otras escenas de gran valor social y psicológico en su travesía hispánica. Pero ninguna de ellas le impactó con la fuerza de las acopiadas en el antiguo reino nazarí. También aquí el consabido influjo del biografiado sobre el biógrafo se ejerció sin distorsión alguna y Maurois llegó a pensar, como su héroe, que pocos países podían encontrarse con una veta romántica más anchurosa que España.

Muy pocos años después de la experiencia hispana de Chateaubriand se verificó la de otro dios del Olimpo romántico, despiezado corporal e ideológicamente por Maurois. El cantor de *Childe Harold* conocería tan sólo la España romántica por excelencia, la única que podía andarse, en el estío de 1809, por un inglés antes de que la marea de los «uniformes azules» inundase hasta el mar de Cádiz el mediodía peninsular.

Si la visita a Sevilla fue rápida, sería moroso el recorrido por Cádiz, rompeolas de toda España en aquellos momentos y espejo ciertamente incomparable de la idiosincracia de la región⁵.

De otros dos grandes ingleses del siglo XIX, de Shelley, riguroso coetáneo y perteneciente, en gran medida, al mismo linaje espiritual que el combatiente de Misolonghi, y Disraëli, de una generación posterior a Byron y de existencia mucho más dilatada cronológicamente, se ocupó igualmente el pincel de uno de los más grandes retratistas de la literatura contemporánea. Sin embargo, pese a que ambos incluyeron en su viaje por el continente el itinerario español —el del primer ministro victoriano muy semejante al del provocador de la aristocracia londinense—, la paleta de su biógrafo no lo registró con el cuidado que el de otros héroes de su galería⁶.

En ésta ocupó un lugar no desdeñable la semblanza de Lyautey. La psicología de aquel soldado de excepción intrigó a tan experto buceador de almas como Maurois,

⁵ «De Lisboa a Sevilla fueron a caballo. El camino estaba bordeado de cruces: cada una recordaba a un muerto. Encontraron a un prisionero y dos espías que eran conducidos a Sevilla para ser ahorcados. Había en aquel espectáculo del mundo, en donde la muerte y el amor surgían a cada paso, sentimientos de bravura y de sinceridad, que iban directamente al corazón de Byron». Lord Byron, *Barcelona*, 1988, 117-8.

⁶ Lo que no hiciera Maurois lo cumplió muy ajustadamente un ensayista español injustamente olvidado: «Hacia 1830, su salud no era buena. Y seguían atrayéndole los viajes, sobre todo a tierras meridionales. Oriente, Italia iban a ser las regiones que visitara con su amigo Meredith. Tal vez no llevaba intención de detenerse en España, aunque es probable que pensara en ello. No en balde este país era la Meca de los románticos y no dejaría de influir en él su admiración por lord Byron y sus relaciones familiares. De todos modos, este viaje de 1830 fue un suceso capital en su vida que dejó huellas en toda su posterior carrera literaria y política. En la primavera de 1830 desembarcaba Disraëli en Gibraltar [...] El gobernador se comportó con nosotros con gran amabilidad. Nos invitó a comer, y él mismo nos propuso una excursión a la sierra de Ronda, un distrito montañoso, salvaje, lleno de los más bellos escenarios y... de insectos.

Volvíamos ayer de la excursión, que nos empleó una semana, completamente satisfechos. La comarca por la que viajamos está totalmente llena de bandidos y contrabandistas. No hacen violencias a nadie, pero os vacían los bolsillos [...] Disraëli, que había llegado a Gibraltar sin propósito decidido de viajar por Andalucía, quedó tan encantado de la excursión a Ronda que decidió visitar algunas ciudades andaluzas. Vio, en efecto, Cádiz, Sevilla, Córdoba y Granada. Había llegado a Gibraltar vestido a lo dandy, con dos bastones de caña, que no soltó en todo su viaje. Pero hay memoria de que el traje español le encantó.

Cádiz le pareció «brillante más allá de toda expresión». «La bella Florencia —escribió— es cosa sucia y triste comparada con Cádiz. Las blancas casas y las verdes celosías relumbran al sol. Figaro está en todas partes; Rosina en todos los balcones.» Cardenal de Iracheta, M., *Comentarios y recuerdos*, Madrid, 1972, 66-68 y 69-70. No recoge el testimonio de ninguno de los autores citados en este artículo. Morales Padrón, F., en su trabajo «La imagen de España y Sevilla en los viajeros del siglo XIX», en *Varia Sevilla*, Sevilla, 1986, 123-142.

que acabaría por consagrarle uno de sus estudios. El viaje realizado desde Algeciras a Hendaya con parada y fonda regia en Madrid en los inicios de la primera guerra mundial mereció una descripción relativamente puntual de su entusiasta estudioso, aunque, como es natural dadas las circunstancias y el carácter del constructor de gran parte del Marruecos moderno, las impresiones de la mencionada estancia no atrajeran la curiosidad de Maurois⁷.

Ésta sí se sintió estimulada —y mucho— por la recepción auténticamente triunfal dispensada por España a una de las últimas figuras delineadas por la pluma del gran ensayista y biógrafo. El Dr. Marañón gustaba de aludir en el último tramo de su fecunda existencia al clima auténticamente apoteósico que rodeó la venida a nuestro país de Sir Alexander Fleming, en la primavera de 1948. Con imparcialidad y justicia Maurois extractó pasajes muy expresivos de ello del *Diario* del descubridor de la penicilina; y se suma con agrado y justeza al emotivo agradecimiento con que el flemático y calmoso escocés mostró su reconocimiento a la acogida de las gentes de Barcelona, Madrid, Toledo, Córdoba, Sevilla, Jerez....

«En conjunto había hecho un viaje parecido a las *Mil y una Noches*, pero muy fatigoso ya que no pudieron descansar ni un instante»⁸.

España o el romanticismo. Así podría sintetizarse la visión que de la península más occidental del viejo mundo tenía uno de sus más ardientes amadores. En efecto, todos los personajes a través de cuyas biografías se acuñó la imagen literaria de España por André Maurois se elevan como figuras cimeras de aquella gran corriente cultural de la Europa decimonónica, ya que si nos atenemos a la imagen más vulgarizada del concepto romántico como hombre —o mujer— generoso y soñador, el mariscal Lyautey y el doctor Fleming pueden y deben incluirse en dicha tipología.

Al edificar con tales materiales —los más proclives al tópico— la imagen de España, el autor de *Los silencios del coronel Bramble* se alineaba en el surco trazado por casi todos los hispanistas e hispanófilos de su misma nacionalidad. De grado o por fuerza, España tenía —y aún podríamos decir que debe tener en la actualidad— que responder al estereotipo de un país penetrado por la pasión y el ardor y, hasta cierto punto, orillado de los caminos de la modernidad, para solaz y pasto de almas exquisitas o atormentadas.

Esta visión no satisfará a gran número de los nacidos en el país romántico por antonomasia, que pensarán en lo desenfocado y distorsionado de la imagen, torcedora de la verdadera comprensión de su patria y entorpecedora del cabal entendimiento entre ella y otros pueblos. Mas al historiador sólo cabe constatar su vigencia en extensos sectores del mundo occidental sobre los que la obra de André Maurois proyectó una gran fuerza configuradora de su universo mental. Agrade o no, de ella habrá que partir para sustituirla, matizarla o ampliarla.

⁷ Lyautey, *Barcelona 1971*, VIII.

⁸ La vida de Sir Alexander Fleming, *Barcelona, 1970*, VI, 1.491.

En el umbral de una nueva edad para el diálogo y la comunicación entre los pueblos de la vieja Europa el conocer lo que ha sido es premisa indispensable para saber lo que se quiere ser.

José Manuel Cuenca Toribio
y Soledad Miranda García

Jean Cocteau (1889-1989)

Casi parecía un hombre del Renacimiento; poeta, novelista, dibujante, actor, guionista, pintor, dramaturgo, aficionado a la música (fue animador del «grupo de los seis» del que participaban Milhaud, Honegger, Poulenc, Georges Auric, Durey y Tailleferre), ensayista, coreógrafo implícito en *La belle et la bête*, y, por supuesto, director cinematográfico. Esta versatilidad creadora, que implicaba tal vez cierta superficialidad, no excluye su importante papel como animador y sugeridor de innovaciones estéticas. Participó de todas las vanguardias y en todas dejó una huella más o menos importante.

Después de la primera guerra mundial, inspiró ballets (era amigo de Diaguilev) y el programa musical del *Group des six* que rompía entonces con el impresionismo. Participó —sin pertenecer del todo a ellas— de las vanguardias literarias dadaístas y surrealistas. En literatura, quizá no es lo mejor su poesía, pero sí su permanente actitud poética. Destacan sus famosos aforismos sobre la vida y el arte (como en *Llamado al orden*, 1926). En el teatro su obra fue importante. Utilizó las leyendas antiguas como en *La máquina infernal* (1934) donde reelabora el mito de Edipo y la saga medieval en *Los caballeros de la mesa redonda* (1937), pero también trató temas modernos, como en *Los padres terribles* (1938). Para muchos su libro más profundo es la novela *Les enfants terribles* (1929), sobre una hermana y un hermano que viven recluidos en una habitación que transforman en un refugio «que hace las veces de un claustro materno».

Como toda su generación, fue atraído por el cine, al cual, como dice Georges Sadoul, se entregaba como a un diario íntimo: «la confidencia de sus obsesiones y de sus continuas investigaciones». El cine era —como escribe el mismo Cocteau— una de las formas de expresar «el personaje desconocido que vive en mí». Las películas que dirigió, desde *Le sang d'un poète* hasta *Le testament d'Orphée* participan de ese testimonio personal.